

MAZUNTE

David Rosenbaum

*A Elisabet
En memoria de Rúper*

Autor: David Rosenbaum
Portada: Fernando Cavero, Pexels
ISBN: 9788419708199
© David Rosenbaum, 2023

PRIMERA PARTE

Todo comenzó el día que encontraste a Madeleine en una librería de Polanco que hoy ya no existe. Ibas a buscar un libro sobre Vasarely que no tenían en existencia y tuviste que encargarlo para recogerlo una semana más tarde. Solo estaban tú y ella en el local, y te quedaste viendo con cierta fascinación el tinte tostado mate de su piel, sus ojos color aguamarina y sus largos rizos de oro de cuento de hadas. Llevaba puesto un vestido artesanal de manta de algodón de manga corta que le llegaba hasta las pantorrillas, profusamente bordado con motivos florales alrededor del cuello cuadrado y suficientemente estrecho como para dejar ver sus pezones erguidos bajo la tela cruda, así como un trasero breve y prominente por el otro lado. Mientras la mirabas levantó la vista del libro que estaba hojeando y al coincidir sus ojos con los tuyos en tu vientre apareció una calidez líquida y burbujeante que no supiste ni quisiste explicar. Echaste a caminar hacia la puerta, dispuesta a huir de esa extraña, como hacías casi siempre que algo o alguien te sacaba de ese espacio mullido y confortable que constituía tu normalidad. Y tal vez nada de lo que vino después habría sucedido de no ser porque Madeleine se te acercó justo cuando estabas a punto de llegar a la salida y te preguntó con la boca hecha sonrisa y una naturalidad desarmante cómo te llamabas.

–Araceli –le mentiste para salir del paso como si decir tu verdadero nombre hubiera dejado al descubierto el más oscuro de tus secretos.

–El altar del cielo, un nombre muy místico, diría yo –puntualizó ella con un acento inconfundiblemente francés que nunca dejaría de hacerte gracia–. Yo soy Madeleine –y extendió hacia ti una mano de dedos finos y largos que no te atreviste a rechazar.

El contacto con la piel tibia y tersa de esa mano que estrechaba firmemente la tuya te infundió una extraña confianza por lo que no hiciste nada para librarte de su abrazo, y cuando por fin la soltó te invadió una inexplicable sensación de abandono. Súbitamente no querías que se fuera sin antes saber quién era esa joven más o menos de tu edad y cuatro dedos más alta que tú que se desenvolvía con un desparpajo envidiable y parecía haberte enmarañado con su mirada envolvente. Sin embargo, no te atrevías a tomar la iniciativa, tal vez porque te sentías mal por haberle mentido, por no haber sido sincera con ella y eso te impedía desdecirte y confesarle tu nombre para deshacer el engaño.

–¿Eres de por aquí? –te preguntó Madeleine sacándote del apuro.

–Sí, vivo cerca, si es a lo que te refieres –le respondiste sin estar muy segura de si era eso lo que quería saber–. ¿Y tú?

–Vivo con amigos en la Anáhuac, al otro lado de Río San Joaquín. Pero ¿por qué no vamos a tomar un café juntas para charlar un rato? Me encanta conocer gente nueva, interesante –propuso ella y abrió la puerta de la librería.

–Me encantaría, pero ahora no puedo –volviste a mentirle pese a que no tenías nada qué hacer y nadie te esperaba–. En otra ocasión será un placer.

–*D'accord* –replicó Madeleine que metió la mano en el morral que colgaba de su hombro, sacó una pluma, cogió tu mano y en la palma escribió varias cifras–. Este es mi teléfono.

Llámame si quieres que nos veamos. Si te digo la verdad, hay algo en ti que me intriga y por eso me gustaría conocerte mejor. Quién sabe, tal vez lleguemos a ser grandes amigas.

Y acto seguido te plantó dos besos en cada mejilla y se despidió con un «*ciao*».

Se alejó y desapareció tras una esquina y en el instante mismo en que la perdiste de vista regresó el sentimiento de pérdida, de vacío. Te habría gustado salir corriendo para alcanzarla, para pasar con ella todo el tiempo necesario para saber quién era y viceversa, pero no diste un solo paso en la dirección correcta. Te quedaste ahí parada, inmóvil, mientras te llenabas de rabia contra ti misma y un bulto seco y hosco se atoraba en tu garganta. Tu primer impulso fue entrar en el baño de una cafetería para lavarte las manos a fin de obliterar el último vestigio de ese encuentro que te tenía tan confundida, de borrar el único camino que podía llevarte hacia ella. Pero una vez frente al lavabo, con tu rostro reflejado en el espejo, te diste cuenta de que los dígitos habían comenzado a desvanecerse con el sudor de tu mano y te entró tanto pánico que por un momento no supiste qué hacer para que no desaparecieran del todo. Saliste corriendo del baño para pedirle una pluma y un pedazo de papel a una mesera y mientras esta intentaba complacerte te pusiste a soplar suavemente para impedir que la palma de tu mano siguiese sudando. Finalmente rescataste la mayor parte del número de teléfono. Solo la cuarta y la última cifra presentaban alguna duda. La primera podía ser un dos, un tres, incluso un cinco, y la segunda parecía un cero pero también podía ser un nueve, un seis o un ocho.

Regresaste a casa con los nervios desatados por tu cuerpo y sin llegar a comprender la turbación que te provocaba esa experiencia que, vista desde fuera, te parecía tan inocente tan

anodina. No hablaste acerca de eso con nadie, ni siquiera con tu hermana menor Eulalia que en aquella época era algo parecido a una confidente, si bien te guardabas muy mucho de contarle según qué cosas. Y al final tardaste tres días enteros en decidirte a llamarla y casi una hora en acertar la combinación correcta de números.

Te contestó una voz de hombre, también con acento extranjero, que te pidió amablemente que esperaras cuando le dijiste que querías hablar con Madeleine.

–¿Quién habla? –oíste decir del otro lado de la línea a una voz que te resultó totalmente extraña y durante cuatro o cinco segundos resististe la agobiante tentación de colgar.

–Soy... soy la joven que conociste en una librería de Polanco hace unos días –atinaste a soltarle.

–¡Altar del cielo! ¡Qué sorpresa más agradable! –exclamó Madeleine con un entusiasmo espontáneo que recorrió los cables del teléfono y se apoderó de ti–. Creía que te habías olvidado de mí.

–¡Cómo te iba a olvidar! –te salió en un arranque de sinceridad inconsciente del que te arrepentiste enseguida e intentaste corregir– ...si no nos conocemos de nada.

–No te preocupes, eso lo podemos arreglar muy fácilmente. Dime cuándo te va bien y quedamos.

Esa propuesta tan directa te agarró con el pie cambiado. Esperabas charlar primero sobre cualquier cosa, una especie de preludio banal, para luego pasar a lo concreto. Pero era evidente que Madeleine no conocía o simplemente le importaban un bledo esos convencionalismos de la gente bien a la que tú pertenecías desde la cuna. Y aunque la velocidad con la que la francesa iba por la vida te daba algo de vértigo, también era cierto que su descaro, la soltura con la que las palabras salían

por su boca, como si nunca las hubiera sopesado, ejercía sobre ti una atracción magnética a la que querías y, al mismo tiempo, no podías resistirte, quizás porque te habría encantado poder hacer lo mismo.

–¿Te parece junto a la estatua de Lincoln que hay en el parque mañana a las once? –le sugeriste.

–De la mañana, supongo.

–Por supuesto –le respondiste sin saber si hablaba en serio. Tú nunca habías estado sola a esas horas de la noche en ese parque ni en ningún otro.

–La estatua esa no la conozco, pero no soy tonta y tengo boca, así que la encontraré seguro. *Alors à demain* a las once en punto –y colgó antes de que pudieras decir nada.

Aquello te pareció una grosería, al menos podía haber esperado a que te despidieras. Pero no llegaste a indignarte como habrías hecho con cualquier otra u otro. Todo lo relacionado con Madeleine estaba tan alejado de lo que tenías por habitual que acabaste por convencerte de que lo que te parecía un desplante no lo era para ella, que su intención no había sido esa, por lo que no tenía necesidad de recurrir a tu indulgencia. Quizás la habías sorprendido en medio de algo que tenía que terminar forzosamente. Además, ¿qué sentido tenía seguir hablando en esos momentos cuando al día siguiente podrían hacerlo largo y tendido, frente a frente, sin el estorbo de un aparato de por medio?

Al día siguiente te sentaste frente a tu tocador para arreglarte y cuando terminaste estabas lista para asistir a una fiesta de alcurnia o una boda y no para ir a ver a una muchacha que, si no recordabas mal, no llevaba casi maquillaje, a lo sumo un toque de rímel. Y si ella podía ir así por la calle también lo podías hacer tú, no faltaría más. Comenzaste la labor de ir retirando la

base, el colorete, la sombra de ojos, el eyeliner y el resto de los afeites que te habías aplicado, y no conforme con eso fuiste al baño a lavarte minuciosamente la cara. El resultado no te agradó. Sin make-up sentías que le faltaba algo a tu rostro oblongo, a tu tez pálida y brillante, a las cejas que afinabas con una pinza en largas sesiones de tormento, a tus ojos ambarinos heredados de tu madre que llamaban tanto la atención, a la nariz recta y afilada, y a tu boca de labios largos y delgados que considerabas carentes de sensualidad. Y aun así, no hiciste nada para disimular el desastre facial con el que creías que ibas a salir a la calle para encontrarte con Madeleine en el parque.

A tus veintiún años habías tenido tres novios formales y te habías acostado algunas veces con el último de ellos, Eliseo, el hermano de una amiga de tu hermana con el que habías roto no hacía mucho, más por desidia que por auténticas desavenencias. Sin embargo, esas cópulas secretas y algo apresuradas en casa de uno de sus amigos las habías disfrutado e incluso creías haber tenido un orgasmo en una de ellas, aunque no estabas muy segura. Y ahora utilizabas todo eso como argumentario para descartar una atracción sexual hacia Madeleine. Sin embargo, no podías negar que más de una vez te habías quedado viendo los cuerpos desnudos de algunas mujeres cuando te cambiabas en los vestuarios del Club Mundet. Y si bien no podías definir lo que buscabas o esperabas hallar en esa desconocida, te repetías que tenía que ser otra cosa. Tal vez una amistad que no fuese como las que habías tenido hasta entonces. Alguien con quien hablar sin tapujos ni tabús, alguien venida de muy lejos, que no compartiera nada contigo, para poder ver a través de sus ojos otro mundo, un mundo si no ya nuevo al menos diferente del tuyo y mientras más distinto mejor. Y por una extraña razón que no tenía nada que ver con la lógica y mucho con el recuerdo que

guardabas de sus ojos al encontrarse con los tuyos por primera vez en la librería, querías creer que Madeleine era ese alguien.

Para ir a verla te pusiste unos vaqueros muy ajustados, una camisola roja de manga larga y unas sandalias que nunca habías usado porque no te gustaban. Al mirarte al espejo te costó reconocerte y entonces supiste que estabas perfecta. No te llevaste el Datsun rojo que tu papá te había regalado al cumplir los dieciocho porque tenías por delante una caminata de apenas quince minutos y andabas sobrada de tiempo. Además, en aquella zona no era nada fácil encontrar estacionamiento a esas horas.

Cuando llegaste Madeleine ya te estaba esperando con la espalda recargada contra el pedestal del monumento e hizo un leve gesto con la mano que tú interpretaste como un saludo. Pero no te parecía la misma que habías visto hacía tan solo unos días. Llevaba una blusa a rayas verdes y blancas desabotonada en el pecho y atada sobre la barriga, un pantalón corto caqui que le llegaba casi hasta las rodillas y un par de tenis blancos de aspecto infantil. Pero lo peor no era eso. Sobre su nariz se sostenían unos enormes lentes de sol cuadrados, muy oscuros, que no te permitían ver sus ojos, y recogía sus preciosos caireles dorados en una revoltosa cola de caballo que, según tú, no le quedaba nada bien.

–¿Siempre son cuatro besos? –le preguntaste una vez que te los hubo dado–. Aquí damos uno, cuando mucho dos.

–Sí, ya lo he notado y me sorprende porque los mexicanos nunca me han dado la impresión de ser parcos con las manifestaciones de afecto, al contrario –te dijo sin responder a tu pregunta.

–¿Llevas mucho aquí?

–Nada, cinco minutos.

–Me refería a la ciudad.
–Poco, unas semanas nada más.
–¿Y qué te parece?
–No viviría aquí ni por todo el oro del mundo. Tanta gente, y luego el ruido, la *pollution*, la miseria.
Al pasar frente a los estanques le propusiste tomar asiento y cada una se sentó en un extremo de una de las bancas de hierro forjado que había ahí.
–Hace una mañana preciosa –dijiste una vez acomodada.
–Espero que no me hayas hecho venir hasta aquí para hablar del tiempo –exclamó ella con cierta sorna.
–Claro que no, era solo un decir.
–Dime una cosa. Si tuvieras que elegir entre ser un gato o un ratón, ¿qué escogías?
–Se dice qué escogerías –la corrigiste.
–*D'accord*, qué escogerías, querida maestra.
–No lo sé, nunca lo había pensado.
–Pues piénsalo ahora –insistió Madeleine.
–¿Qué es esto, una especie de test psicológico?
–No, solo quiero saber el papel que me toca jugar.
–¿Qué juego, qué papel? No entiendo.
–A ver, ¿qué estamos haciendo tú y yo aquí?
–Comenzar a conocernos, ese era el plan.
–¿Lo ves? Ya estás jugando al gato y al ratón.
–¿Ah sí? Pues ahora dime tú por qué estamos aquí.
–Porque yo te gusto y tú a mí.
–No lo voy a negar –le confesaste sin saber de dónde habías sacado la confianza en ti misma para hacerlo.
–¿Y eso te asusta? –quiso saber Madeleine.
–Un poco, si te soy sincera. Nunca me había pasado algo como esto y no me siento muy segura –reconociste sin quitar la

vista de los cristales oscuros que te impedían llegar a sus ojos y te hacían sentir que no estabas hablando con ella sino con otra a la que jamás habías visto y a la que podías revelar cualquier cosa sin temer las consecuencias.

Solo que justo en ese momento Madeleine se quitó los lentes de sol con un movimiento ágil y rápido de sus dedos y los guardó en una funda de gamuza primero y luego en su inseparable morral de lana.

–Te gusto más así, ¿no es cierto? –y clavó sus ojos color cielo infinito en los tuyos mientras te regalaba una sonrisa traviesa e incitante. El vientre te dio un vuelco y se te desordenaron las ideas. Estabas una vez más ante esa mirada hipnótica que habías guardado celosamente en tu memoria en un sitio a prueba de olvidos y, no obstante, volviste a experimentar la misma turbación que el primer día solo que más larga y más intensa, como un escalofrío eléctrico e iterativo que partía del ombligo, te sacudía los hombros y explotaba en tu cabeza.

No fue hasta ese momento que comprendiste: Tenías enfrente a un enorme gato rubio de ojos centelleantes que te pisaba la cola con una de sus patas cerrándote así todas las rutas de escapatoria. Y lo que más te extrañaba era que no te urgía huir, sino que te deleitabas con tu propia angustia a la espera de la suerte que correrías a manos de ese bicho feroz y adorable.

–¿Y si vamos a tomar algo? –sugirió Madeleine dejando a un lado al menos por el momento su disfraz de felino.

–Me parece muy bien, tengo mucho calor –aceptaste la oferta ansiosa por cambiar de escenario.

Durante el trayecto hasta el pequeño café situado en una pequeña zona peatonal rodeada de edificios bajos te giraste un par de veces hacia ella para ver si te miraba, pero dejaste de hacerlo porque al constatarlo sentías que tu cara se inflamaba de

sangre. Ya sentadas y mientras llegaba la limonada con mucho hielo que habías pedido tú y un capuchino sin canela para Madeleine, te armaste de valor para decirle:

–No puedo ni quiero ser tu ratón. Y te voy a decir una cosa: Nunca me he acostado con una mujer y aunque tengo que admitir que me encantas y siento hacia ti una atracción que no sabía que existía, no estás tan segura de que vaya a hacerlo contigo.

–Me parece que estás yendo demasiado de prisa –replicó Madeleine–. No recuerdo haberte propuesto nada por el estilo.

La sensación de alivio que sentiste al saber que no pretendía llevarte a la cama, al menos no en ese momento, no tardó en cambiar de signo y te preguntaste por qué no insistía, por qué renunciaba con tanta facilidad a atraparte entre sus garras. ¿No eras lo bastante atractiva? Ella misma te había dicho que le gustabas, pero quizás no lo suficiente. Sabías muy bien que tenías unos pechos impecables, redondos, firmes y erguidos, la cintura bien marcada, un trasero respingón y bien proporcionado y unas piernas armoniosas que llenaban perfectamente el pantalón. Pero tal vez no era en eso en lo que se fijaba una mujer cuando veía a otra de esa manera. ¿Entonces en qué? ¿En la cara, en los gestos, en los ojos, en la boca? Y ahí sí que no las tenías todas contigo, ya que al compararte con Madeleine salías perdiendo de todas todas.

En ese momento tal vez te habrías ido con ella donde te llevara, te habrías dejado hacer llena de aprensión y curiosidad con tal de que te lo pidiese. Pero Madeleine tan solo te miraba sin decir nada desde su sonrisa bucovisual que tanto te perturbaba y de la cual, no obstante, no querías apartar los ojos.

–Hablas muy bien el español. ¿Dónde lo aprendiste? –preguntó el ratón para intentar escapar del lugar incómodo en que se había metido.

–En el *Lycée*. Tenía una maestra española algo mayor que yo pero muy buena. Se ve que realmente le gustaba enseñar –respondió el felino al tiempo que liberaba la cola de su presa.

–Por qué no me cuentas algo de tu vida –le propusiste–. Así nos vamos conociendo.

–*Très bien* –aceptó ella– pero me paras cuando te aburras.

Y comenzó por decirte que había nacido en Saint-Égrève, una población rodeada de montañas situada en la orilla del río Isère, al lado de Grenoble, en los Alpes franceses. Su infancia había terminado abruptamente cuando sus padres y su único hermano se mataron al desplomarse el telesilla en el que viajaban («Le debo la vida a que no me gustaba esquiar»). Tan solo tenía nueve años y tuvo que irse a vivir con su abuela paterna, ya que la hermana de su madre, su única otra pariente cercana, vivía en Nueva Caledonia y se negó en redondo a acogerla. Aunque no era mala persona, la vieja no oía bien y hacía mucho que había perdido la paciencia necesaria para educar a una niña de esa edad. Además ocupaba un *trois pièces* en el centro de la ciudad, en una atmósfera muy distinta a la que rodeaba el chalet en el que había vivido hasta entonces a tiro de piedra del Parc de Fiancéy y su maravilloso lago. Había sido una buena estudiante, aspecto que al parecer era el más importante para su tutora, lo que hacía que las desavenencias entre ambas giraran en torno a temas en los que era evidente que nunca se podrían de acuerdo por la diferencia de edad y de carácter, de modo que poco a poco fueron asumiendo una especie de tregua indefinida para no atacarse mutuamente las pocas veces que pasaban tiempo juntas. El día que enterró a «*mémé*», como la llamaba, en la cripta

familiar hacía poco que había cumplido los dieciocho y por primera vez en su vida supo lo que era estar sola, que no la esperase nadie cuando llegaba a casa, que nadie le diera los buenos días al despertarse. Recordaba muy bien la sorpresa que se había llevado al acudir al notario para conocer el testamento en un momento en que veía el futuro cerrarse ante ella. No solo había heredado el pequeño departamento de la rue Condorcet y el haber del *livret d'épargne* de la abuela, sino también el chalet de Saint-Égrève y otros inmuebles que una inmobiliaria se encargaba de alquilar desde la muerte de su padre, dinero que de toda evidencia había servido para pagar durante todos esos años la manutención tanto de Madeleine como de su abuela, y para mandar a la primera a las mejores escuelas privadas de Grenoble. Así que con esos ingresos evitó tener que ponerse a trabajar, acabó su *bac technique* («algo parecido a la preparatoria de aquí») y comenzó a estudiar enfermería, pero al cabo de un año lo dejó porque se le metió en la cabeza el gusanillo de conocer mundo.

–Y aquí me tienes –dijo dando por concluida la historia.

–Me imagino que habrás estado en muchos países.

–¡Qué va! Fuera de Europa solo conozco Turquía, Nepal y la India... y claro ahora México.

–Pues a mí no me parece poca cosa. No sabes cuánto me gustaría poder visitar países exóticos como esos.

–¿Qué hora tienes? –te preguntó de repente con cara de alarma.

–Las dos y media pasadas –le contestaste tras echar un vistazo a tu reloj de pulsera.

–*Merde alors*, cómo se ha pasado el tiempo, tengo que irme volando.

Y sin dar ninguna explicación se levantó, recogió el morral que había colgado en el respaldo de la silla y estaba a punto de dirigirse a la puerta cuando le cogiste la mano para detenerla.

–¿Nos volveremos a ver? –le preguntaste desbordando inseguridad.

Madeleine se inclinó hacia ti y te dio un único beso en la comisura de los labios.

–Tienes mi teléfono, Araceli, ¿recuerdas? Llámame cuando quieras y haremos algo juntas –te dijo guiñando un ojo–. Pero ahora realmente me tengo que ir.

La viste salir del local y ya fuera su pelo se incendió bajo el efecto de los rayos del sol, agitó la mano para despedirse y la perdiste de vista.

Te molestó que siguiera usando ese nombre ajeno a ti que tú misma te habías dado y del que no te habías podido desprender revelándole el verdadero, pero es que ni siquiera habías pensado en ello. Y ahora no sabías cómo ibas a desdecirte la próxima vez que la vieras, lo que pasaría si llegara a pensar que la habías engañado desde el principio y por consiguiente que todo lo que habías dicho podía ser mentira. Un hueco molesto y áspero se abrió en tu pecho cuando consideraste la posibilidad de que no quisiese saber más de ti, de que se cansara a la primera de esa muchacha timorata y embustera que no tenía ni idea de lo que realmente quería y te mandara a volar. Ese vacío se fue agrandando a medida que te torturabas diciéndote que ya no podrías sentir el estremecimiento indescriptible que te recorría cuando penetrabas llena de un pavor delicioso su mirada oceánica, que nunca más volverías a recibir un beso tan intruso y excitante como el que te acababa de dar, que no tendrías ocasión para que te desvelara el sinfín de secretos que suponías que poseía acerca de tu cuerpo y que tanto deseabas conocer.

Entonces se te ocurrió que podías ser Araceli, el Altar del cielo, mientras estuvieras con ella y volver a ser tú el resto del tiempo, y aunque la idea te pareció bastante canalla, muy poco propia de ti, te negaste a descartarla hasta que tuvieras una mejor.

No te fue fácil esperar los cinco días que decidiste dejar pasar para llamarla de nuevo, ya que por nada en el mundo querías que descubriera la inmensa urgencia que tenías de volverla a ver. Un humor de todos los demonios se apoderó de tu día a día y respondías de mala manera a quienquiera que te interpelaba, simplemente no tenías ganas de estar con nadie, aunque tampoco sola te sentías a gusto. Te faltaba algo y sabías lo que era, y te odiabas por echarla en falta, por no poder sacártela de la cabeza. Ya no eras una niña, ni siquiera una adolescente y por eso te parecía absurdo, imposible, que en tan solo dos encuentros se te hubiera metido hasta los huesos. Fue en esas noches, cuando estabas insomne en tu cama pensando en ella que llegaste a detestarla, pero a la mañana siguiente te acordabas de que faltaba menos para volver a oír su voz en el teléfono y te reconciliabas con ella y contigo misma.

Esta vez fue Madeleine la que contestó cuando la llamaste al regresar de la academia.

–Habla Araceli –le dijiste en respuesta a su «*allo*» asumiendo esa otra identidad que no sentías tuya pero de la cual no sabías cómo desligarte sin poner en duda tu credibilidad–. ¿Cómo estás?

–Un poco dolida contigo si te digo la verdad –fue su respuesta.

–¿Y eso por qué?

–Estaba segura de que me llamarías al día siguiente y ha pasado una semana. Así que no te debo gustar tanto como dices

–oíste ronronear al gato al otro lado de la línea y aun así no te pusiste a cubierto.

–Sabes que eso no es verdad –la refutaste.

–Entonces ¿por qué no llamaste antes?

–Tenía mucho que hacer –fue tu excusa.

–Con tu novio, me imagino.

–Yo no tengo novio ni nada que se le parezca –la contradijiste con tono firme mientras disfrutabas por dentro con sus celos por alguien inexistente.

–¿Dónde estás? –te preguntó rompiendo de golpe el hilo de la conversación.

–En mi casa, ¿por qué?

–Solo por saber. ¿Quieres que nos veamos?

–¿Ahora mismo? –le preguntaste sorprendida.

–O un poco más tarde. Podríamos ir al cine.

No le hicieron falta muchas palabras para convencerte de ir a ver una película de Pasolini, Teorema, que pasaban en una de las salas de arte que había por entonces en la Zona Rosa y tras acordar que sería la función de las cinco y veinte, Madeleine se despidió de ti y cortó la comunicación sin esperar a que reciprocaras.

Colgaste el auricular como una autómatas mientras te preguntabas dónde habría aprendido esos modales, pero tampoco le diste mayor importancia, así era ella, qué se le iba a hacer. Tenías tiempo de sobra para arreglarte y una vez maquillada lo justo, frente al clóset abierto te pusiste a pensar divertida en cómo vestirías a Araceli esa tarde. Renunciaste a los experimentos y elegiste una falda de lana de tonos ocres hasta la pantorrilla, una blusa blanca de seda de mangas anchas y largas y una chaqueta de piel rojiza que solo te echaste sobre los hombros, así como botas de tacón bajo que hacían juego con

esta última. Raro en ti, al verte al espejo de cuerpo entero quedaste satisfecha a la primera y decidiste que saldrías así a la calle.

Llegaste con mucha antelación y dejaste el coche en un estacionamiento a un par de cuadras. Aun así apretaste el paso para llegar a la sala, no fuera que se agotaran los boletos y con estos en la mano te situaste junto a la entrada. No esperabas que bajara de un taxi, de modo que no la viste venir hasta que ya la tenías a un lado.

–Vaya, qué elegante vienes –te dijo Madeleine antes de darte los cuatro besos de rigor.

–¿Te parece? –alcanzaste a decir antes de que la visión de sus ojos te turbara.

–Por supuesto, estás preciosa –y se colgó de tu brazo como si lo hubiera hecho toda la vida y las dos entraron en el cine.

La película iba a empezar y Madeleine no tuvo problemas para encontrar un sitio de su agrado en la semipenumbra de la sala medio vacía.

–¿Aquí está bien? –te preguntó.

–Perfecto –asentiste aunque hubieras preferido no sentarte en el centro del patio de butacas por creer que serías el blanco de todas las miradas.

Al cabo de un rato tomó tu mano por sorpresa, le dio un beso con la punta de los labios y se la llevó al regazo donde comenzó a recorrerla con la yema de su índice, primero el dorso, luego las falanges y los nudillos y por último la palma en la que formaba una y otra vez una espiral que partía de la unión con la muñeca y terminaba en el centro de la mano. Lo hacía con tanta delicadeza que más que un dedo parecía el contacto con una pluma que al deslizarse por tu piel producía una sensación escalofriantemente deliciosa, pero que también te impedía concentrarte en lo que

sucedía en la pantalla para intentar entender por qué Terence Stamp se acostaba con todos los miembros de aquella familia.

Empezaba a oscurecer cuando saliste a la calle con Madeleine otra vez colgada de tu brazo y la Zona Rosa apenas comenzaba a llenarse de la variada y exótica fauna urbana que la poblaba hasta bien entrada la madrugada. No era tu ambiente ni mucho menos, pero ahora caminabas ufana al lado de esa extranjera hermosa y sugestiva, totalmente vestida de blanco –camiseta, pantalones y chamarra corta de tela vaquera– a cuyo paso la gente giraba la vista. La llevaste al Toulouse-Lautrec, un café situado en un pasaje de la calle Hamburgo, donde solían reunirse los protointelectuales del momento y una que otra estrella de la farándula, y que era uno de los pocos locales de ese rumbo en que habías estado.

–¿Qué quieres tomar, Madeleine? –le preguntaste con el mesero listo para tomar la orden.

–Dime Made, todos mis amigos me llaman así.

Ella pidió un gin tonic y tú hiciste otro tanto para que no bebiera sola a pesar que rara vez tomabas alcohol.

El trago te achispó la mente y te soltó la lengua, y durante la siguiente hora y media no hiciste otra cosa que responder con pelos y señales al cerrado interrogatorio al que te sometió Made. Fue así que le contaste que vivías con tus padres y tu hermana menor en una casa bonita y amplia de la avenida Horacio, que estudiabas diseño gráfico en una academia privada que había en Tecamachalco, que te gustaba dibujar y pintar, y habías asistido varios años a los cursos que impartía un pintor no muy famoso a los que seguirías yendo de no ser porque había muerto. Más te costó confesarle que ya no eras virgen, aunque menos que, en retrospectiva, no creías haber estado enamorada de ninguno de los tres novios que habías tenido, ni siquiera del último de ellos,

el que te había desflorado. En cuanto al futuro, no estabas segura de si harías un posgrado cuando acabaras la carrera o buscarías un trabajo que te permitiera crear objetos de uso cotidiano, como lámparas, vajillas o muebles, con un toque muy personal.

Fue en esos momentos en que por primera vez te sentiste realmente a gusto frente a Made. Su mirada ya no te imponía esa inseguridad que hacía titubear a tus pensamientos y te atreviste a hundirte en sus ojos, a disfrutar de la alegría que emanaba de ellos, a jugar con sus manos que insistían en apoderarse de las tuyas, a aceptar sin más la ebullición cálida y agradable que un deseo cada vez más concreto generaba en tus entrañas. Solo quedabas tú y Made en el pasaje, todo lo demás había desaparecido, incluso el suelo creando una fabulosa sensación de ingravidez en tu cabeza. Gozar de su plena atención mientras te desnudabas frente a ella palabra a palabra te hacía feliz y no necesitabas darte cuenta de ello para serlo.

–Será mejor que me vaya, –dijiste cuando un vistazo a tu reloj te sacó bruscamente de tu éxtasis– se me está haciendo tarde.

–¿Y me vas a dejar aquí sola en una noche mágica como esta? –se quejó Made.

–Claro que no, te llevo a tu casa, traigo coche.

Al levantarte perdiste el equilibrio y tuviste que apoyar una mano en la mesa para recuperarlo.

–¿Crees que podrás manejar? –te preguntó Made algo preocupada.

–Más me vale porque no puedo llegar a mi casa sin el coche.

Con toda tu atención puesta en el volante y el freno seguiste las indicaciones que te daba ella y te fuiste internando en unas calles bordeadas de banquetas angostas, edificios bajos de colores deslucidos, muchos locales comerciales y alguna fábrica

en las que nunca habías estado pese a que tu casa no quedaba lejos, y te pareció cuando menos incongruente que una mujer hermosa y atractiva como Madeleine viviese en un barrio tan desangelado.

–Es aquí –te dijo señalando una casa de dos pisos con una ferretería, ahora cerrada, en la planta baja y tres ventanas oscuras más arriba.

Estacionaste el coche algo más adelante y suspiraste aliviada por haber llegado sanas y salvas y no tener que dedicar tu atención en exclusiva al tráfico.

–Mis amigos no han llegado. ¿Quieres pasar un momento? –te invitó con una sonrisa inocente que no fuiste capaz de creerte.

–Me encantaría, pero a mi mamá le da un infarto si no llego antes de las diez.

–Pues ya puedes ir llamando a la ambulancia porque son y cuarto –comentó medio en serio, medio en broma.

–¡Qué mala eres! –le reprochaste.

Acercó su cara a la tuya y tú hiciste otro tanto, segura de que ibas a recibir los habituales besos de despedida, pero esta vez su boca fue directamente a tus labios y te besó apretándolos entre los suyos y a pesar de la sorpresa no hiciste nada para impedir que te invadiera su lengua esponjosa y suave que comenzó a deslizarse inquieta por el paladar, el interior de las mejillas, las encías y el lecho viscoso de tu lengua, como un pequeño ofidio dúctil y brillante que inspeccionaba meticulosamente cada uno de los recovecos de su nueva madriguera. La delicadeza y sensualidad con la que se movía de un lado a otro dejando tras de sí un rastro que se iba disipando muy poco a poco te cautivó a tal punto que no querías que terminara ese beso súbito y robado, convencida con razón de que en el momento en que lo